

VI. REFLEXIONES UNIVERSITARIAS

Pensamientos en torno a la Antropología en la Universidad de Tarapacá

MARIO A. RIVERA
Instituto de Antropología

RESUMEN

En el momento crucial en que el Instituto de Antropología y Arqueología pasa a formar parte de la Facultad de Estudios Andinos, el autor reflexiona sobre esta situación especialmente desde el ángulo de la disciplina antropológica y su relación con el ámbito universitario.

ABSTRACT

At the crucial point when the Institute Anthropology an Archaeology becomes part of the college of Andean Studies, the author develops his ideas regarding this situation particularly from the angle of the Anthropology and its relation to the university sphere.

La vigencia de una publicación científica como Chungará, nacida en noviembre de 1972, refleja la actividad bullente que caracteriza hoy día el Instituto de Antropología y Arqueología de la Universidad de Tarapacá. El camino recorrido ha sido larguísimo, lleno de experiencias, a veces de muchas vacilaciones, pero también de realizaciones imposibles de desconocer. A los primeros atisbos, le han seguido pasos más seguros para llegar a cimentar una institución que promueve y desarrolla una labor científica compleja y de grandes proyecciones; una unidad académica que cada vez más emprendedora, adquiere un ritmo dinámico y sostenido que va imprimiendo su sello a nuestra Universidad de Tarapacá. Ayer, como Museo Arqueológico de Arica, después, como Departamento de Antropología, hoy, como Instituto de Antropología y Arqueología, y a corto plazo, como Facultad de Estudios Andinos, esta unidad ha ido proveyendo una ampliación del horizonte que nos da la posibilidad de gestar un centro de excelencia de aún más vastas expectativas, que asegura la continuidad de la labor que se desarrolla, y que se proyecta en las nuevas generaciones.

Así nuestro Instituto, por años, ha comprendido, valorado y actualizado el desarrollo de la investigación científica antropológica, a la vez que marcado rumbo respecto de lo que debe ser la investigación en la propia Universidad. Es así que el potencial que encierra la investigación, manifestada a través del desarrollo de muchos proyectos en los últimos años, han ido señalando la natural proyección hacia niveles más importantes que incluyen una integración disciplinaria por un lado, el desarrollo de programas docentes de pre y post grado por otro.

Día a día pareciera que, por un lado, la presión externa porque nuestros investigadores den a conocer más de los descubrimientos a que se está llegando, especialmente en relación a nuestras momias Chinchorro, y por otro, las verdaderas posibilidades que encierra este maravilloso potencial concentrado en la capacidad de poder estudiar la experiencia humana a través de milenios de historia en zonas que representan un reto como éstas, hacen nuestra situación única y exclusiva en el contexto mundial. Estudios de genética, hoy, están permitiendo reconstruir rasgos de lo que sólo es posible por la conservación importante que aquí se observa. Creo que no está lejos el día en que podamos estudiar DNA en cuerpos humanos milenarios y por ende no sólo llegar a conocer algo más de la estructura del código genético, sino establecer rangos evolutivos biológicos a través de largos períodos de tiempo.

Pero, por otro lado, es conveniente rescatar también nuestra vinculación a la idea de universidad. Nuestra relación a ello se da en los términos más genuinos y esenciales que la Universidad pueda aportar, es decir a través de la creatividad, de la exploración científica, del

desarrollo del método y disciplina que toda ciencia debe observar, de su continuidad y desarrollo, de su mística y valor ejemplar, de su forma de vida y valores intrínsecos a ella y a los investigadores, en fin, de su verdadero potencial y proyección. Por ello, permítaseme algunas reflexiones muy propias a este respecto, pero que en este contexto pueden ser aprovechadas...

En nuestro siglo que ya tuerce hacia una nueva etapa, la masificación se apodera de la Universidad, y ya no es posible lograr grados más refinados en el desarrollo del conocimiento a nivel de inquietud por parte de nuestros alumnos. Estos, en gran parte persuadidos por maestros y por las necesidades de subsistencia de un mundo cada vez más objetivante y deshumanizado, tiende a resolver problemas inmediatos evitando todo cuestionamiento en lo que accede a las fuentes mismas del conocimiento. Esto a su vez permite una pérdida en los valores integrales del humanismo, un desarrollo excesivo de la tecnología y un énfasis premeditado en el aspecto economicista de los valores humanos. La Universidad pierde su orientación básica, su misticismo, aflorando ímpetus por resolver situaciones de poseer fortuna, de conquistar un estatus feble y muy temporal. En esta situación, los profesores son también absorbidos por la creciente demanda de horas-clases, en virtud de una exigencia impuesta por un medio abstracto de leyes y relaciones en un medio ficticio. El resultado parece ser un desarraigo de los verdaderos problemas que debe atender la ciencia, donde está depositada la Universidad y una separación sistemática entre ciencias y desarrollo profesional.

Afortunadamente en las Universidades avanzadas se advierte signos de cambios y, al menos, motivos de reacción. En nuestras Universidades latinoamericanas, se lucha por desarrollar modelos propios en virtud de las exigencias modernas. Y, al menos reconocemos igualmente que la enseñanza se torna repetitiva y rutinaria, de bajo nivel académico a falta de entregar experiencias directas. En su turno, los alumnos reciben recetas mal digeridas que deben aplicar en un ciclo que desgraciadamente prevé pocas perspectivas.

La masificación de la enseñanza por un lado, la deshumanización tecnológica por otro, y la reconocida reacción a esta desorientación, así como la falta de una transmisión directa del académico, de experiencias propias que motiven a estudiantes a fomentar el espíritu crítico y científico, han promovido como situación de transición el ajuste de una jerarquización de los estudios al interior de la Universidad. Así pues, típicamente, en una Universidad del siglo XX encontraremos en la base, la gran gama de los estudios de formación general y profesional, que se imparten esencialmente a través de la docencia.

Hacia arriba, diversas situaciones intermedias que culminan en la cúpula con lo que llamamos el nivel de Post-Grado. Es en este nivel superior o graduado que la investigación es la actividad principal sobre la que gira toda la fundamentación universitaria. Es en este nivel que tanto la extensión como la docencia son facetas de la investigación, y por ende, aspectos que están completamente al servicio de la ciencia.

La identidad investigación-docencia es una de las principales características de la naturaleza de los estudios de postgrado. Por esta misma condición que posee la ciencia, ninguna disciplina puede funcionar en forma aislada. Para comprender e interpretar científicamente, hoy en día es absolutamente necesario producir algún grado de integración. Esto es lo que llamamos aspectos interdisciplinarios de la investigación, y también debe ser otra de las características de los estudios de postgrado. La interdisciplinariedad surge como un camino viable cuando se trata de analizar factores tan complejos de la sociedad moderna, pero también como una reacción a la tendencia de fragmentariedad creciente de la especialización tecnológica que acarrea la ciencia actual. Ella aparece como necesaria para sobrellevar la brecha que presenta cada hombre de ciencia que tiende a desintegrar la realidad. La interdisciplinariedad, por tanto, fomenta un aspecto desconocido en las posibilidades del desarrollo de la ciencia moderna y sus logros más preciados están aún por ser demostrados. Pero hombres como Einstein ya auguraban la formalización de estas preocupaciones para el futuro, como tabla de salvación a los excesos desintegradores de la tecnología moderna, agregando una visión integral, sintetizadora y humanizante.

De aquí deriva la problemática actual acerca de la excesiva racionalidad de las ciencias que va provocando una ilimitada irracionalidad. Estos aspectos, que se reflejan tardíamente en las Universidades, precisamente por su carácter conservador mirado desde adentro, aunque desde

afuera pareciera muy liberalizante, contribuye a orientarlas en torno a lo que el medio puede ofrecer para las profesiones que allí se impartan. Es decir, la Universidad, por la dificultad enorme de innovar, permite una orientación excesivamente científico profesionalizante que hoy se trata de salvar. Las Universidades de avanzada en lo tecnológico por ejemplo, hacen esfuerzos hoy día por incorporar en sus desarrollos los elementos capaces para permitir una visión más integradora de los problemas del mundo. La sociedad humana es, por sobre todo, la principal responsable de su propio destino.

Y Uds. podrán preguntarse, ¿a qué vienen estas disquisiciones? ¿Cómo es que un Instituto de Investigaciones puede dedicar su tiempo a atender estos problemas? Y contestamos, precisamente, un Centro que investiga problemas científicos se relaciona con una realidad vigente y por tanto se transforma en algo de lo que es la Universidad. Este autenticismo así logrado, contribuye, o debe contribuir, no sólo a vincular la Universidad con su medio, sino además, a proyectarla tanto en el tiempo, como en el espacio, proveyendo de paso una respuesta al momento histórico, en la encrucijada que la ha visto nacer. Un Instituto sin esta proyección, que debe complementarse con la entrega de experiencias logradas hacia las nuevas generaciones, con el fin de continuar en lo que se investiga, está condenado a un desarrollo mediocre y de poco alcance.

En el conjunto, es interesante tener en cuenta la doble visión a veces contradictoria acerca de la Universidad que se nos presenta y que es necesario destacar para no desorientarnos en el verdadero quehacer interno y en su vinculación externa. Sucede que desde afuera, cuando por diversas circunstancias de fuerza mayor uno, que se identifica plenamente con esta vida, obligadamente debe permanecer al margen de su desarrollo directo, es capaz de observar entonces la doble faz por la que se desenvuelve en general la Universidad moderna. Por un lado, su aspecto dinámico y radical, por otro, su aspecto terriblemente conservador, desconfiado y celoso de los cambios. Según la visión venga desde adentro, autonomía, aislamiento, claustro; desde afuera, una reacción a la situación del mundo, a la problemática, a la utilización.

Desde la visión interna, se presenta demasiado rígida por leyes comprensivas; desde afuera, gobernada por el devenir histórico. Pero es indudable que en uno y otro caso, la Universidad se conecta al mundo, ya sea abiertamente, o por medio de pasajes internos, y que fomenta su propio entorno como base para su comunidad de académicos y estudiantes. Por ello es que la Universidad debe desarrollar una mística, un tipo de vida interna que refuerce permanentemente y sin cuestionamiento su estabilidad, su seguridad, su continuidad y su sentido de igualdad, constituyen fuertes pilares sobre los que debiera descansar el espíritu creativo y la invención para así defender la individualidad del genio creador que identificará sus estructuras académicas. Los programas de postgrado, allí donde sea posible desarrollarlos, marcarán esta madurez cimentada en estas bases que de por sí definen e individualizan una Universidad.

De la misma manera, también debe fomentarse el desarrollo del pensamiento como postulado esencial. Enseñar a pensar, así como una actividad pensante siempre en acción, es lo que verdaderamente contribuye a la formación de nuestros cuadros jóvenes. Pensando se crea el saber y una universidad erudita sin el ejercicio del pensamiento es una universidad ciega que ha perdido su esencia. Esto que parece tan sencillo no lo es tal, pues desgraciadamente hoy se piensa menos que antes, y cada vez menos.

Esta visión, por otro lado y a diferencia de criterios pseudomodernistas, no pretende justificar inversiones ni desarrollar proyectos con fines de obtener recursos para sufragar costos. Nuestras metas están mucho más allá de eso, desde el momento mismo que la cultura no puede ser vendida. Por el contrario, nuestro interés es explicar y fundamentar un programa sobre la base de las ventajas y necesidades que una Universidad se aboque a sus aspectos culturales, lo que está en íntima relación con el desarrollo de la razón y de la ciencia de un razonamiento práctico, que presenta un contenido menos cultural, que algunos llegan a catalogar de inculto, y que pretende encontrar una justificación económica a la inversión cultural.

En el momento que el Instituto de Antropología y Arqueología deja de ser tal para transformarse en Facultad de Estudios Andinos, me parece oportuno dejar estas observaciones como testimonio de una amplia tarea por realizar, de alguien que de alguna manera, por el hecho de estar conduciendo hasta este momento esta unidad académica, ha tenido la oportunidad

de auscultar el valor de esta experiencia y su proyección, para que señalen un rumbo que traslade el desarrollo de la ciencia antropológica de nuestra región hacia una esfera de aún mayores realizaciones.

Así, es sólo a través de la investigación científica, enfocada como tal, es decir, por el propio investigador, de una manera científica, y que niegue el sentido práctico, que podremos seguir siendo humanos, y por ende, defendiendo el sentido humanitario de nuestra existencia. Esto es muy importante si tomamos en cuenta los problemas modernos en relación al avance tecnológico y decisiones humanas. Todos estamos aún perplejos por la posición cada vez más objetivizante del ser humano como tal frente al inusitado desarrollo tecnológico, criticándose ácidamente la divergencia cada vez mayor entre ciencia, humanismo y tecnología. De lo que realmente se trata es que, ya que hoy no es posible, en un futuro a muy corto plazo, quienes hacen ciencia o tecnología, se acerquen más entre ellos y se identifiquen con los verdaderos intereses de la Humanidad. En suma, a promover la conciencia en ellos. Así, podremos esperar no sólo conservar, sino estimular el desarrollo y fomentar el cultivo de lo que es verdaderamente la cultura, pues ésta no basta con poseerla, ya que el desuso permite su aniquilamiento. La cultura hay que cultivarla y por este camino, lograr los mejores objetivos para la humanidad toda. De lo contrario, sólo podremos esperar nuestra propia desaparición, nuestra propia inutilidad, nuestra propia transformación reversible al momento en que el hombre se confunde con el reino animal. Esta consecuencia con nuestra propia Historia, una historia de millones de años, que se sumerge en el pasado, adquiere responsabilidad vital en el presente, y trascendencia histórica en aquellas decisiones que miran al futuro. Debemos no sólo preservar, sino fomentar el mejoramiento de nuestra propia Humanidad. Y promover convirtiéndose en paladín de semejantes tareas es una condición que define en lo más íntimo el verdadero rol universitario. ¿Quién sino mejor que la Universidad puede trasladar la experiencia histórica de una generación a otra convirtiendo siempre en presente, el pasado y el futuro?

AZAPA, Agosto 17 de 1987.